

• ENSEÑANZAS DE UNAS CONFERENCIAS

por el

Dr. Florentín Mallol de la Riva

SE vienen celebrando en el Colegio de Odontólogos de la Primera Región, organizados por la sección científica del mismo, unas conferencias científicas llenas del mayor interés didáctico y no menos práctico.

¡Pero, si vierais que enseñanzas más aleccionadoras presentan estas conferencias! Que al margen de la parte científica de las mismas, son quizás los elementos en que hemos de calar toda nuestra atención con el fin de sacar consecuencias muy provechosas para la profesión y para la Clase.

De propio intento dejo al margen del comentario toda aquella parte que se contrae a lo científico, pues no es ésto lo que me mueve a escribir este trabajo. Son aquellas modalidades asistenciales, las que me inducen a reflexionar hondamente sobre el problema que el mismo ocasiona, ya que ellas quizás tengan a mi juicio, un valor exponencial del mayor interés, que como síntoma, denota todo el valor que al mismo debemos conceder.

A dichas conferencias, hemos de decir no sin ruborizarnos, asisten pocos compeñeros. ¿Por qué? Quizás si meditásemos un momento, encontraríamos el camino de su explicación, pero no divaguemos sobre principios filosóficos del síntoma y vayamos de lleno a la entraña del problema.

Ha llegado el momento, en que la profesión está en el punto crucial del camino, en el cual todos y cada uno de nosotros tenemos que aportar nuestro esfuerzo, no material que esto valdría bien poco cuando no va sentido con el alma, sino en nuestro esfuerzo moral, con el fin de que la tónica de la clase no decaiga ni un solo instante y, podamos por nuestros procederes con-

quistar para la Odontología patria la rectoría de los valores morales del espíritu.

Sólo así podremos obtener la explicación que de otra forma no encontrarían nuestros espíritus atormentados sobre nuestras conductas y nuestros procederes. No olvidemos que como dijo San Ignacio de Loyola; "los hombres no se salvan por su fe, se salvan por sus actos", y precisamente a sublimar éstos en el crisol de los más puros y delicados afectos de compañerismos, debe estar toda nuestra actuación y todo nuestro afán si queremos obtener por ellos mismos, los exponentes más elevados de cariño y respeto.

Todos, no lo olvidéis, absolutamente todos tienen algo que decir y mucho que enseñar, aunque ello parezca lo contrario y todos debemos de acudir a esa maravillosa tribuna científica del Colegio, para marcar enseñanzas adquiridas en fuerza de muchas horas de estudio y de práctica profesional.

Solamente en una egolatría desorbitada, quizá por un concepto simplista de lo que debemos entender por valores personales, pueden encontrarse la explicación (nunca la justificación) de esta falta de asistencia a esas aportaciones científicas que hacen algunos distinguidos compañeros para prestigiarse y prestigiar a la clase.

Los que no podamos decir nada, porque no sabemos enseñar, tenemos el deber, como compañeros, de prestar al resto de los que saben, nuestro calor moral, y con ello daremos una verdadera prueba que demuestra el gran deseo de renovarnos, mejorar y perfeccionar, nuestra formación cultural y científica.

Me produce hondo pesar el escribir esta admonición, pero los que sentimos un verdadero cariño por la profesión, y no menos a los compañeros, nos apena observar cómo se van desgajando poco a poco todo aquello que nuestros mayores, consiguieron en fuerza de trabajos y proselitismos en favor de la colectividad.

Por otra parte, me llena de pesadumbre el contemplar, aquellos otros que, llenos de ciencia y de experiencia, la conservan con un egoísmo inhumano para sí propio, olvidándose de practicar aquella más bella de las virtudes, que es enseñar al que no sabe.

Yo espero, y estoy seguro de ello, conociendo, como precio

de conocer, y perdonadme esta inmodestia, los grandes valores que atesoran los espíritus selectos de los Odontólogos, que la reflexión meditada de estas líneas, les servirá para cambiar su conducta y harán con sus aportaciones en el futuro el milagro de obtener para la clase, y para la profesión, aquel prestigio que todos buscamos y deseamos para ella.

Y sólo así, cuando pidamos nuestro prestigio, que nos hemos cuidado de prestigiarlo también, con nuestros procederes, se nos concederá el puesto científico y social ha que tenemos indiscutible e indiscutido derecho en el campo de la Medicina.

No olvidemos que no son los esfuerzos individuales o esporádicos los que nos han de conducir al triunfo, serán, si queremos el valor de uno de los sumandos, pero su totalidad nos lo han de dar precisamente el conjunto o la suma de todos aquellos méritos que, unidos, van conducentes a un fin, es decir, al engrandecimiento de la Odontología.

Y no hay más que este camino, todo otro es equivocado, pensando siempre que los valores materiales hemos de posponerlos a los morales, si deseamos de verdad y queremos con exactitud, obtener ese concepto cristiano del compañerismo y esa dignificación tan deseada por todos de la clase odontológica.

Pensemos que el concepto ante el mundo, no solamente hay que merecerlo, hay que ganarlo previamente, y sólo podemos aspirar a ello, cuando todos y cada uno de nosotros hayamos ensamblado nuestros procederes en una línea rectilínea de conducta que, por su misma rectitud, nos conduzca a la meta de la gloria.